

La historia es de poetas

Edgardo C. K.

A. Alberto Waxemodion

[...] ven
 planta el árbol de tu recuerdo
 aquí donde nació mi boca
 donde nace el universo.
 Luis Rivera
 Amigo y poeta.

Para comenzar una historia, me tendría que remitir a los tiempos pasados a los que indudablemente quedamos marcados como parte de la misma. Hablar de la historia es en un esquema siempre pasado, jamás se puede abordar la historia desde nuestro futuro, para hacer historia se tiene que ser muy imaginativo, es una cualidad que se posee, un talento para inventar sinfín de ideas, sueños y ficciones.

La historia es un hermoso cuento de Borges, una serie de palabras escogidas por Neruda, es esa parte diminuta que se esconde de las ciencias exactas, habemos tantas personas como historias de una misma historia, de un mismo acontecimiento, tantas formas de sustentar lo que creemos, lo que nos dicen que es, lo que nos dicen que creamos, los que nos obligan a hacer que crean nuestras generaciones siguientes.

Esta historia no es muy diferente, tiene tantas variantes como raíces y ramas podría tener un árbol casa de duendes. Hileras e hileras de departamentos para tantos seres que no existen más que en las historias.

Hoy es un domingo, como lo fue el día en que Martha tocó a mi puerta para decirme que estaba triste, que no tenía ningún motivo, simplemente estaba triste, un rímel totalmente corrido se desplazaba sobre su carita alargada, moquitos coquetos se desparramaban de su nariz de azúcar moscabada, sus ojos recién operados tenían la lubricación perfecta, aquella que le recetó el doctor para que no se le secase la mirada.

Yo no opuse resistencia, no podía hacerlo, jamás me he podido comportar como hombre frente a una mujer que llora, es verdad que una parte de mí quería mantenerse firme, quería recordarle que ya habíamos terminado y que estaba próxima a llegar a casa Elba. Martha, tan linda siempre, con una historia atorada en forma de cuadro por debajo de la lengua, miembro largo que nunca me dejara de producir sensaciones placenteras gracias a sus bondades, miembro que comento tantas palabras sin sentido, que se aferraron como amalgama a una muela; a las ideas de que ella era ahora más especial por ser Hare Krishna.

La figura ahora desgastada, caminada por la vida, cansada de tanto aprender, recorría los pasillos de mi casa, aquella que fuera nuestra mientras permanecíamos juntos, aquella que tiene tantas marcas de su aliento recorriendo por las noches como fantasmas, divertidas como risas, como borracheras de madrugada. Martha, sabiendo que este sitio está maldito y que a veces al igual que las sicofonías su voz me repetía lo mucho que me amaba.

Podríamos intentar de nuevo estar juntos –recorría la idea en mi cabeza mientras sus palabras penetraban en mis oídos-. Podríamos ser buenos amigos mientras me compartes esa recámara que siempre tienes disponible, bien sabes que no hago ruido, que me conformo con poco, que de cuando en vez tomaría algún bocado, no te preocupes por la leche, pues no me gusta, tampoco te preocupes por la carne... Ha lo recuerdo, tu siempre has sido vegetariano, je. Tantas cosas que he aprendido de ti –y una sonrisa encantadora le brota desde la comisura de su boca-. Yo procuro no contestar, aquel irresistible encanto que tiene me hace suspirar a mis adentros, en la cavernosa estancia donde Batman podría tener su baticueva.

La mire con soslayo hasta que mi boca escupió -no quiero ofenderte, pero Elba está a punto de llegar, preferiría que no nos encontrara aquí adentro, sé que no hay ningún problema, pero no me gustaría y me harías un gran favor si hicieras caso a mi voluntad -, jamás había hecho frente ante las peticiones de ella, o mejor dicho, nunca había tomado una decisión seria frente a ella, o puede que simplemente jamás me había puesto en una situación en la que yo me mandase a mí mismo.

Aunque las palabras estaban dichas, aunque mi voluntad parecía tomar riendas en el asunto, estas parecieron indicar un efecto circense; al igual que dos mimos, no pudimos comunicarnos mediante la expresión oral, incluso parecía que nuestros canales auditivos hicieran caso omiso para guiarnos a una desviación sobre la carretera en la que íbamos recorriendo.

Era como bajar a comer a un río mientras regresabas de una boda en Acapulco, como hacer una pequeña parada, prolongando el tiempo del regreso, queriendo que esto no acabase sin por lo menos hacerse la idea de que es un pequeño descanso.

Martha -dije muy seguro de mi- procura hacerme caso, en realidad no quiero que llegue ella y te vea aquí, si estas triste podemos hablarlo, pero vamos lejos, nuestros asuntos se arreglan lejos, al igual que tus soluciones siempre lejos, igual que cuando decidí que terminaríamos, contigo siempre lejos, siempre que es lejos es mejor, tu estas mejor, yo también, todos lo estamos, ¿por qué no te vienes conmigo y nos vamos lejos? Pero no había respuesta, todo era como si se tornara de un tono sepia, era una dimensión a tonos cafés, con sombras de no sé cuándo y en donde no había más respuesta que una mujer caminando por una casa que parecía reconocerla, que si no fuera porque seguía caminando, podría decir que le olfateaba el trasero para estar bien segura si seguía siendo amiga o enemiga.

Podría, pero no quiero con esto asegurar que en realidad ella nunca se había ido. Verla caminar, seguirla de cerca para presenciar un paso siempre a la izquierda, como si fuera infinito aquel sitio, este sitio, mi sitio, mi casa que con cada juego mecánico en el que cuatro pies recorrían los centímetros cúbicos que algún albañil levanto con sus propias manos, fuera ahora el resultado de un sin igual laberinto de miedo. Ahora el paso re-

sultaba más lento, pero yo sentía que era la forma más rápida de andar.

La acuarelas y fotografías de las paredes comenzaron a platicar una a una mientras saltaban para alcanzar aquello que no fue pintado y que tenía como complemento el cuadro siguiente, los apuntes de mis libretas y mis libros escurrían los Poemas y las letras como pequeños garabatos decididos a recuperar su autonomía, aquella libertad que les coarte cuando fundí con mi libre pensamiento el dolor que pudo haber sentido Martha cuando la deje para continuar con los planes de mi universo. El mar de mis recuerdos inundo poco a poco la casa que ahora chorreaba innumerables cascadas por ventanas, que se fusionaban en las imágenes del protector de pantalla del computador. Los recuerdos de nosotros impregnado y desbordándose en todas direcciones, las cartas que me enviaste de tus distintos destinos fungían como alfombras mágicas hindúes levitando sobre el agua, la finísima y elegante forma de volar a la inversa como lo hace el tiburón.

La tabla de surf que me regalo Elba cada vez tenía más ganas de escaparse por la ventana para ser libre, para ya no soportar la ligerease de un tipo que olvida como Peter Pan las cosas y a las personas, que se tiene que inventar una nueva vida para sustituir la ausencia de aquellas otras que se quedaron plasmadas en sus diarios, artículos o libros. Por fin del ropero caen algunos libros que me escondía y son una prueba de que alguna vez te quedaste a mi lado, incluso tu tapete de yoga resurgió de entre sus cenizas como un fénix despechado, con ganas de que la flexibilidad tocara ambos sentimientos, los que tienes tu por ahí en algún lugar y los que tengo yo destinados a Elba. Las formas de tu cuerpo son diferentes, las veo por debajo del agua como si tuviera uno de esos lentes de broma, de los que hacen que te hagas totalmente distorsionada, ahora cada espejo nos refleja y somos grandes, pequeñitos, gordos, flacos, somos un tu y un yo tan diferentes a como nos conocemos.

Por fin comienzas a hablar, escogiste la mesa del comedor como isla salvavidas, como spot para encontrarnos y comunicarnos con tu manera tan particular de hablar de todo y no hablar de nada, tan snob, tan hipster, tan kitch. Yo insistí en que te fueras, pero no, no había otra respuesta más que eso de estar tiste.

Estoy triste, no hay más que decir, no busco tu compañía, no quiero un consejo, no sé qué es lo que quiero pero estoy agusto aquí –retumbaban las paredes de la casa, las guacamayas volaban a nuestro alrededor haciendo de eco con su voz tan particular-. Sacaste una bolsa con hierba y me pediste ponchara un porro, después de ser tantos años una drogadicta insistías con no saber liar tu basura. Delicadamente depositaste en mi mano un poco de papel arroz y aquel arbustito verde, sin darme cuenta se fue desbordando de mi mano. Con todas mis fuerzas comencé a aventar todo aquello a los alrededores, la mesa que nos anidaba pareció ser bendecida con el fruto del árbol de la vida, y brotó una maleza verde, al igual que en las paredes las cuales al desgaste del agua formaron unos peñascos en donde chocaba el H₂O para formar arcoíris y brisa parecida a la neblina. Muros con tapices como pinturas rupestres hacían que tu tristeza fuera una fuente inagotable de estructuras antropológicas, estas ganas de ser yo sin ti no desistían, y no reparaba en continuar pidiéndote que nos fuéramos, que dejáramos la casa. Negrita, te invito un café, hay un mundo del café fuera de estos muros, vamos y platiquemos, te puedo escuchar el tiempo que me pidas, seré paciente, te comprenderé y no juzgare las cosas que te han pasado –dije con los ojos de agüita-.

El sonido del agua recorría mis oídos, el fulgor de la selva lacandona se movía en mi, los zapatistas recorriendo con paso firme, con un corazón latente y con la palabra como única garantía de lealtad seguían su rumbo así como el huichol su infértil lucha por el Wirikuta ó como el panda sigue la extinción. Todo derrumbándose bajo los ojos del conquistador, todo siguiendo su curso bajo la mirada de la naturaleza, continuar significa destrucción, automutilación, primero un dedo, después la mano, el brazo, que tanto poder seguir hasta automutilarnos a nosotros mismos, hasta amputar nuestra alma. Dejar de ser uno mismo para encontrarse, perseguir el encuentro de uno al grado de perderse en el intento. La tristeza de un fantasma queriendo hacer que los vivos escribamos su historia, pidiendo con fuerza que alguien la pesque, que a alguien se le ocurra para decir que está un poquito viva.

Sólo estoy triste –decía Martha sin basilar en que esta tristeza le daba alegría al saber que no estaba tan segura desde hacía mucho-. Y yo, sin saber qué hacer, no podía negarme a sentirme patético, a sufrir por no te-

ner las herramientas para sacarla de este infinito trance del que siempre se veía poseída, siempre estas ganas de meterme en su cabeza para controlar –como si fuera un robot- su vida por unas semanas, hacerla sentir la felicidad para que al encontrarla aunque fuera unos días, supiera que la puede generar desde dentro sin ninguna prótesis, sin ningún programador, sin alguien que le dijera que él lo puede hacer si paga las dos sesiones semanales. Pero no, no puedo hacer más, me pone triste por no poder curar su tristeza que camina entre las paredes de mi hogar, en este sitio que es más suyo que de la que me ayuda a pagar la renta, esta casa antigua que se construyó como parte del sueño de alguien que la ve como negocio. Que hago Dios mío, como puedo hacer para no ver así a esta mujer.

Que puedo hacer, permíteme tener la fortaleza para poderla ver sin sufrir, para mantenerme constante con mi trabajo, para hacer mis actividades sin sentir miedo a que todo se derrumbe. Quiero poder sentirme tranquilo, sin que cada instante sea como ver un pergamino que se desintegra manteniendo tanta información la cual puede ser tantas veces interpretado y reinterpretado por esos poetas que se hacen llamar historiadores, deja que alguien vea la luz que tiene este ser, el cual ha sido saqueado tantas veces por tantos caza recompensas.

No puedo dejar de llorar y gimotear como un bebe, no puedo dejar de implorar a Dios que haga algo, que salve a aquella, que me aplaste con la furia de su mano, que sea Shiva quien con vengativa maldad deteste la debilidad de este maldito cobarde que no sabe qué hacer para que se sienta bien alguien más.

El derrumbe es inevitable, todo se cae a pedazos, el periodo del quinto sol llama a la puerta y se viste de gala como para ver con emoción al Azteca que baila en la discoteca Paladium. Un show que será un recuerdo y ahora registrara un especialista en etno, antro, socio, y bla bla bla bla de historia y cosas de ese tipo para que en el futuro la vida inteligente de otro planeta la exhiba como un códice –falso- en un museo –pues los verdaderos los tienen los arqueólogos, coleccionistas y rateros-. Da igual como te pongas si al final son tantas interpretaciones, tantos enfoques distintos en el cual lo único que se hace es mantener la verdad que se ha forjado con tantos cuentos de tanta gente y que son tanta formas de ver la vida. La vida como siempre en pasado, como una

leve historia que sigue desmoronándose y cayendo en la cloaca de mis constelaciones.

“Registros, onomatopeyas, tu puta clase de paleografía”.

Hare Krishna, Hare Krishna Krishna, Hare, Hare, Hare Rama, Hare Rama Rama, Rama, Hare, Hare.

Dime que hacer Luis, dime como te puedo ayudar, no sé de que hablas, si dejas de llorar podemos hablar, podemos saber qué hacer, tienes que echarle ganas mira, la vida es para los que le echan ganas, tiene meses que no escribes, insistes en estar encerrado, ya no quieres ver a tus amigos.

Dime Luis, dime qué puedo hacer por ti, si quieres te llevo a una terapia, puedes regresar al A.A., dime que hacer, dime qué te pasa, que sientes, si pudiera meterme en tu cabeza y ordenar todo lo haría, pero no sé cómo hacerle, no te pienso dejar solo, pero dime que hacer por favor –se escuchaba la voz de Elba con gimoteos constantes, con snifs y snifs escritos con letras invisibles al igual que las notas musicales en una caricatura graciosa- snif, snif, mocos y convulsiones de llanto, dos personas en un cuarto, Elba tan sola, rogando a Dios de una señal de su existencia, prendiendo veladoras con polvos dorados para el equilibrio, cerrando la tapa de la taza de baño, pues según el feng shuy, por ahí se escapa la buena fortuna, haciendo repeticiones de mantras en Allende. Los inciensos de copal se quemaban en una casa donde los atrapaseños abundan, donde alambres y piedritas de colores formaron en cierto momento aretes y artesanías que se vendían al por mayor, en la universidad de Luis, donde al fin había encontrado la más grande aventura de su vida, postrada en los recónditos confines de alguien que está muerta, de alguien que no tiene intenciones de regresar pero sigue aferrada a una computadora enorme donde sólo se puede ver a Luis.

Últimamente he descubierto que puedo escribir lo que quiera y eso le pasa a él.

Disfruto, disfruto tanto haciendo sufrir al personaje principal de esta historia, escribo y lo mato en algunas ocasiones, pero para el próximo capítulo el sigue vivo, el resurge y emerge entre los vivos para sentirse cada día más muerto, más lejano a mí. No hay ningún resentimiento, no me corte el cuello por Luis, no me revente la

cabeza por sentirme triste al no tenerlo, jamás me avente a las vías del tren metropolitano, yo no fui la primer suicida en la línea 12 del metro, la línea dorada, la línea nueva, no fui yo quien se arrojó de frente al Ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas S., no, no fui yo quien se siente tan acompañada en esta cabina robótica donde plasmó a diario el sufrimiento de Luisito.

No, esto no está hecho en tiempo pasado, nunca es un tiempo atrás, no existe, no hay historia en esta historia, siempre es presente, es constante, no hay registros, no hay más. Y de a ratos este robot se rebela, momento momento, pierdo el control, los tornillos caen a mi alrededor, tengo que hacer unos arreglos, ojala Chubaca estuviera aquí, en mi halcón milenario. Momento momento, va a decir algo:

Simplemente estoy triste Elba, no sé por qué, solamente se eso, ya no llores, no me puedes ayudar, esto lo tengo que solucionar yo, yo puedo hacerlo solo –comenta Luis a una Elba desgastada-.

Por hoy, termina la transmisión Martha, lo hiciste bien, lo hiciste muy bien –se escucha la voz de Dios en una bocina cuadrada colgada a un costado del cuarto de operación-. El punto de luz entre la línea de la pantalla se queda manifiesta en la mirada, el zumbido en los oídos es constante, es la garantía de que algo está pasando, algo te esta ocurriendo.

Se sabe que este es el fin, aunque para usted no termino con The End.

Att. Dios nuestro señor Amen.

“Sarvamangalam.....”